

CAPITULO XII

Las dos utopias.

MUCHAS de las objeciones hasta aquí examinadas se contienen, total ó parcialmente, en la que en último término formulan los adversarios del socialismo afirmando que éste es una utopia.

Vosotros, socialistas—se nos dice—, exponéis con frase declamatoria grandes disquisiciones teóricas; pero, en fin de cuenta, no sabéis dar un programa detallado de vuestra sociedad socialista. Esta, se añade, es prácticamente imposible.

Tales frases, aunque detenidamente examinadas están vacías de sentido, tienen en apariencia una viva fuerza de sugestión.

En efecto; si una institución, si una reforma cualquiera no tiene carácter práctico,

¿para qué seguir discutiendo ya? ¿Para qué ocuparse de ella?

Nada importa que el socialismo sea un ideal hermoso si no hay posibilidad de realizarlo en la práctica. En ese caso no se debe hablar más de él.

El elixir de la inmortalidad constituye también la aspiración suprema de los hombres, en cuanto su descubrimiento aseguraría la perpetuidad de la vida; pero esto no obstante, ¿quién sino un loco puede preocuparse de la invención de ese milagroso licor?

Como el náufrago que, lejos de la costa, en la que encontraría su salvación, el medio de volver á la patria y de llevar la alegría á su hogar, se entrega á la desesperación y falta de fuerzas para ganar la orilla se resigna á morir, así se quiere que los socialistas, que piensan en un mundo menos triste, en un régimen social menos injusto, al ver la imposibilidad de llegar á establecerle, acaben por renunciar á él, dando al olvido su aspiración y no volviendo á ocuparse más de ella.

Y estas sugestivas frases se acomodan, por otra parte, á la pereza intelectual que quita á la mayor parte de los hombres el deseo de pensar por cuenta propia.

El socialismo—suele repetirse—será una

reforma maravillosa, pero no es práctico; y esto basta para rechazarlo.

¿Pero por qué razón no es práctico?

Algunos *porqués* han sido contestados en los capítulos anteriores, en los cuales he intentado demostrar su falta de fundamento.

Pero hay quienes, suponiendo que la verdad consiste en el misoneismo de Lombroso, en el odio á lo nuevo, formulan objeciones inspiradas en ese concepto. Brevísimamente he de refutarlas, confrontándolas con la tesis de que especialmente me ocupo.

Si los señores imposibilistas hubiesen vivido en la época en que nuestros antepasados estaban desnudos, habrían considerado falta de posibilidad práctica el proyecto de cubrir su desnudez con un vestido; y si hubiesen sido contemporáneos de nuestros bisabuelos, que llevaban el pelo rizado y empolvado, habrían estimado utópica la proposición de abolir las pelucas y los polvos. Esos señores juzgan siempre por el presente y piensan que la realidad de hoy ha sido la realidad de ayer, y que, por tanto, debe ser la realidad del mañana.

No saben ó no quieren saber la serie de transformaciones en las costumbres, en las ciencias, en los regímenes porque ha pasado

la humanidad; y no saben ú olvidan que todo cambia y se transforma en el mundo, y que es un criterio mezquino reputar imposible un hecho sólo porque contradice al hecho actual.

Si entre nuestros antiguos antepasados que constituían la sencillísima organización de la tribu, hubiese habido un pensador genial que les predijese una colegiación de hombres organizados como hoy estamos y sometidos á las complejas relaciones sociales presentes, sus contemporáneos hubiesen tratado de loco á ese hombre de genio; y, sin embargo, nosotros somos una prueba viviente de la injusticia con que en aquella remotísima época se habría aplicado tal calificativo.

Los señores imposibilistas son víctimas de un error crasísimo de óptica cronológica al juzgar impracticable el socialismo sólo porque su implantación exige al hombre cualidades de que *actualmente* carece.

No se paran á observar que las actuales cualidades del hombre, contrarias á la organización socialista, son efecto precisamente de las exigencias de *nuestra* constitución social, y que una vez reformada ésta, aquéllas no tendrán razón de ser.

Incurren en el mismo despropósito del

que sostuviera que un individuo de veinte años era incapaz de levantar un determinado peso porque cuando tenía diez no podía hacerlo, sin reparar en que los diez años de diferencia entre ambas edades producen la energía necesaria para realizar ese esfuerzo.

Una tercera causa de la impracticabilidad que equivocadamente se atribuye al socialismo, y que guarda relación con la que se acaba de examinar, consiste en la falsa idea de que la sociedad socialista ha de hacer, inmediatamente de constituida, la felicidad de todos los hombres, implicando la supresión de todo vicio, el triunfo de todo bien, el imperio absoluto de la justicia y la virtud.

La comparación entre ese supuesto estado de cosas y el nuestro, infunde la persuasión de que, para establecer el socialismo, es necesario una radical transformación de la naturaleza humana, y, en consecuencia, se acaba por rechazar la posibilidad práctica de una sociedad que impone tan diversa constitución psicológica.

En primer término, se confunden por una transposición de costumbres, las tendencias de una época con las de otra que son imposibles de predeterminar; en segun-

do término, se comete el error de atribuir al socialismo aspiraciones que sus partidarios están muy lejos de tener.

El socialismo atenuará ciertamente las malas inclinaciones que se nutren y desarrollan al calor de la lucha por la existencia que en nuestros días se sostiene; por tanto, es infundado considerarlo impracticable, ya que la falta de esa lucha impedirá la existencia de pasiones y vicios propios del momento histórico presente.

Pero el socialismo, aunque no estimule muchas de nuestras perversas inclinaciones, y aunque impida por la ley de la adaptación al medio el desarrollo de ciertas cualidades egoístas, contrarias al bienestar general, no podrá convertir al mundo, súbitamente, por arte mágico, en una especie de paraíso terrenal; no hay, pues, razón para reputarlo imposible suponiendo que intente nada menos que una completa é instantánea transformación de la psiquis humana.

Volviendo á la pregunta, encuentro un cuarto motivo de la infundada imposibilidad práctica del socialismo en la opinión de que intenta venir al mundo de improviso, como atraído por la virtud de una varita mágica y no como resultado de una larga evolución á través de los siglos.

Se niega la posibilidad práctica del socialismo porque se desconoce la forma en que ha de encarnar poco á poco en los hechos para reemplazar al régimen que al presente existe.

Para que el socialismo pudiera ser calificado de imposible, sería menester que no se reuniese las siguientes condiciones:

1.^a Conformidad con las leyes de la evolución social.

2.^a Conformidad con las tendencias científicas, filosóficas, sociales y políticas de nuestra época.

3.^a Conformidad con los sentimientos, costumbres y necesidades más comunes de nuestro tiempo.

Estos tres requisitos son esenciales, y, en cierto modo, se confunden unos con otros por hallarse inspirados en un mismo principio.

La armonía entre el socialismo y las anteriores condiciones, á más de demostrar la potencialidad práctica del socialismo como doctrina, evidencia la potencialidad práctica del mismo en cuanto al tiempo.

¿Cuál es la situación del socialismo con relación á estos tres requisitos?

¿No es el socialismo la manifestación en el orden humano de aquel proceso de lo ge-

neral á lo concreto, de lo inorgánico á lo orgánico (1) que domina en el mundo físico?

¿No representa la unión de los átomos antes aislados, reproduciendo en lo social el efecto físico de universales leyes cósmicas?

¿No es, por ventura, evidente que los hombres, desde el individuo errante en la selva, hasta la pequeña familia, la tribu, el Estado-ciudad y las modernas confederaciones de Estados nacionales, han estado siempre asociados y cada vez lo están más estrechamente?

La absorción de los intereses particulares en los generales, que la sociedad socialista proyecta, es un fenómeno tan manifiesto en el camino de la evolución, que todos lo pueden comprobar fácilmente.

Las minorías, para cuyo exclusivo interés ha existido durante centenares de años el gobierno y el orden sociales, van perdiendo terreno, poco á poco, al influjo de las mayorías, y las leyes, las instituciones sociales no inspiradas aún en el bienestar del mayor número, van restringiéndose por momentos; dejando de informarse en el provecho particular de un tirano ó de una oli-

(1) SPENCER: *Primi Principii*.

garquía. Todo en la sociedad obedece á la fuerza immanente del principio de cohesión: observemos cómo en la sociedad se constituyen numerosas asociaciones que luego se aproximan y refunden para ser más poderosas.

La participación de la mayoría en la vida social se observa también en la extensión del sufragio, en la generalización del derecho á desempeñar cargos públicos, en la formación de los ejércitos nacionales que sustituyen á los mercenarios, etc., etc.

Por doquiera observamos síntomas de la tendencia á asociarse, del predominio de los intereses generales sobre los individuales.

El socialismo se informa, pues, en las leyes de la evolución social y se adapta á las más significadas tendencias de los tiempos modernos. El socialismo científico y positivo está además de acuerdo con el positivismo que hoy impera en todos los ramos del saber.

El socialismo, que avanza con la exactitud de una fórmula matemática, se funda en el experimentalismo dominante, que inspira todo el movimiento intelectual contemporáneo.

La conformidad del socialismo con los

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año 1925 MONTERREY, MEXICO

sentimientos y con las necesidades presentes es tan notoria que nadie puede negarla.

Desde todos los lugares de la tierra se maldice la injusticia de nuestra organización social; palabras de filósofos y cantos de poetas, demostraciones acabadas de hombres científicos y voces de apóstoles, únense al clamor constante de las multitudes, para condenar al unísono la inícuca, arbitraria, despótica división de la sociedad en ociosos que mandan y trabajadores que obedecen, en sufridores sin culpa y gozadores sin mérito.

El socialismo, finalmente, provee á las necesidades más inmediatas de nuestra sociedad, curando radicalmente el mal que engendra los intolerables daños de la época moderna. Por eso, cualquiera que sea el aspecto que se considere, el socialismo se presenta, no sólo como posible, sino como necesario; á más de práctico, es indispensable.

En cuanto á la falta de un programa detallado de lo que será la sociedad socialista, es sencillísimo justificarla.

Cuando la posibilidad práctica de una doctrina existe y no se trata de su inmediata realización, es completamente inútil pretender que sus partidarios expresen fór-

mulas detalladas sobre el modo de aplicar la doctrina misma.

Sería de una puerilidad extremada entretenerse en idear organizaciones que únicamente las circunstancias del momento pueden determinar.

En la hechura de un traje para un hombre se emplea una determinada cantidad de paño, que es notoriamente excesiva para hacer un vestido á un niño: sólo cuando éste crezca y se desarrolle es posible cortar aquel paño á la medida de su cuerpo ya adulto.

Sería grandemente ridículo cortar y coser el traje que ha de llevar á los veinte años el niño de hoy, sólo por la seguridad de que la evolución normal ha de transformarlo al cabo de ese tiempo en hombre, y porque la experiencia enseña que, en la mayor parte de los casos, el adulto es más alto que el niño.

No deja de ofrecer cierta amenidad la constante censura que se formula al socialismo considerándole falto de condiciones prácticas, porque no formula proyectos de leyes y no dice, ni siquiera aproximadamente, cuáles serán las ocupaciones burocráticas, las horas de trabajo, etc., etc., en la sociedad socialista.

¿Pero hay algo menos práctico que los ac-